

Gilipollas

Raquel Nieto



Como cada día, la alarma sonó a las 7:30. Se levantó como un resorte. No era de las que se programaba el despertador quince minutos antes para que la despertase, cada cinco, un poquito más. «Si tuviera pareja, seguro que se lo agradecía», pensaba. Era de ducharse por las mañanas y no le gustaba perder el tiempo en acicalarse. Ni *Maquillaje*, ni *Peluquería* aparecían siquiera como actor o actriz de reparto en la película de su vida. Tenía veinticinco años, no era fea en absoluto, pero ninguno de sus rasgos corporales destacaba por su belleza o su tamaño. Podría decirse que, aplicando el criterio de evaluación tradicional, aprobaba justita, lo cual, lejos de minar su autoestima, le iba como anillo al dedo para sobrellevar la timidez patológica que padecía a pesar de no estarle diagnosticada. Hasta su nombre, Carmen, en honor a su abuela paterna, era de lo más común. Ni hecho aposta.

La ropa, siempre calzado cómodo y vaqueros, variando el tono o motivo de los jerséis, camisas o camisetas en función de la estación del año, la dejaba preparada la noche anterior en la silla que tenía al lado de la puerta de su habitación. Para hoy, jueves 12 de mayo, su favorita; la blusa lila. Un café con leche no muy caliente (que no templada) y cuatro galletas «María» de las de siempre era su primer desayuno. En su maletín de piel sin tratar que se asemejaba a los de los maestros de antaño, llevaba un bocadillo y una manzana para el segundo; entre las 11:00 y las 11:15.

Como cada día, cerró la puerta de casa a las 8:25 y puso rumbo a la Universidad. Su fobia social, además de provocarle una soledad que ella creía voluntaria, la obligaba a evitar los ascensores y el transporte público. Así que, para los pocos trayectos que recorría, usaba su bicicleta; una BH Bolero azul y blanca que heredó de su madre, que le sacaba por lo menos diez años de edad y que conservaba, prácticamente, en su estado original. No tenía trastero, ni parking, así que dormía en la calle, pero en aquel triste grupo de anillas, nunca había problema de aparcamiento, y, afortunadamente, a la ciudad de provincias en la que vivía, todavía no habían llegado ni la moda vintage, ni la inseguridad de las capitales. Para ser honestas, ni siquiera habían llegado ni el carril bici, ni por asomo, el respeto y el civismo hacia las ciclistas.

Como siempre, daban las 8:47 cuando volteó a la derecha del semáforo y pasó por delante de aquella pantomima que habían bautizado como Museo de Arte Contemporáneo Municipal. Menuda horterada de insulto. Aquello no era más que otra apología arquitectónica al nepotismo y amiguismo arraigado de su ciudad; un veneno, que, por el momento, carecía de antídoto.



Gilipollas

Raquel Nieto



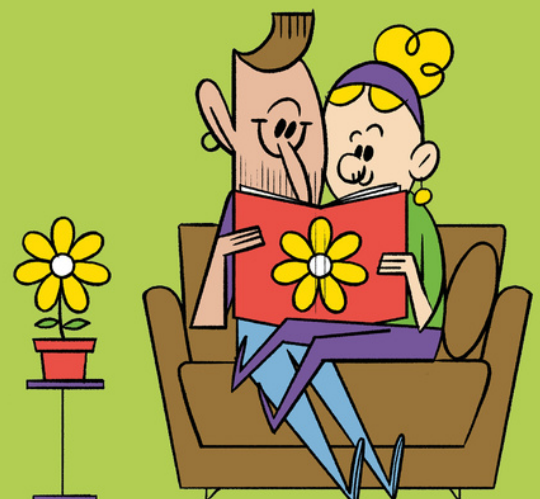
No sabía que la había irritado más; si el movimiento presuntamente artístico que se estaba produciendo en aquel lugar, o aquella destartada furgoneta aparcada en doble fila con las puertas traseras abiertas de par en par cargada de «valiosísimos» cuadros (amontonados y protegidos con una capa de papel Kraft y cuatro celos mal puestos) que la obligó a frenar y a apoyar el pie izquierdo en la calzada.

Echó un vistazo rápido alrededor pero no vio a nadie. Su nivel de irritación iba in crescendo. Tras cuarenta segundos que sufrió eternos, aparecieron por allí dos operarios a ritmo caribeño silbando y canturreando como si con ellos no fuera la cosa, quienes, sin dirigirle una palabra, cargaron, cada uno por un lateral, la “obra” pictórica de mayor tamaño. El nivel de irritación de Carmen fue tal, que se le escapó un sonoro resoplido: “pfffffffffffffffffffff”.

Al unísono, ambos se giraron, fijaron su vista en ella y tras darle un descarado repaso, uno de ellos balbuceó en tono chulesco: «Tranquila guapa, no te pongas así, que no es pa’ tanto».

Mientras se esforzaba por asimilar aquellas palabras de desfachatez, el tipo, apoyó su lado de la pintura en el suelo y se acercó a ella en tres pasos. Vestía uniforme de trabajo, que por el aspecto y el olor –aun desde la distancia–, no lavaba con demasiada frecuencia; un harapiento polar azul marino con cremallera logotipado sin ningún gusto por el diseño, pantalones a juego con bolsillos laterales a la altura de las rodillas y unas botas de montaña llenas de salpicaduras blanquecinas que cualquiera hubiera tirado hacía tiempo. Carmen apretó el manillar con fuerza. Estaba dispuesta a embestirle; a atropellarle, pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, él se plantó delante de su bici. Cogió el guardabarros de la rueda delantera con aquellas manos que se delataban como su herramienta de trabajo, y, mirándola directamente a los ojos, le dijo con osadía y sonrisa burlona: «No tengo pelos en la lengua porque tú no quieres. Dime cómo te llamas que te pido para Reyes, morena», y, acto seguido, le guiñó el ojo derecho.

Carmen se quedó petrificada. A pesar de ser una pacifista declarada, se visualizó pegándole un puñetazo en aquella boca. Desgraciadamente, ella no era su amiga Vanesa. Su Vane, lo hubiera hecho sin pestañear, sin pensarlo ni un segundo y sin despeinarse. Y, de paso, le hubiera dicho cuatro cosas en su idioma. Carmen, no tenía muchos amigos, pero Vanesa y ella eran inseparables desde que en primaria canjearan letras por escolta. A cambio de ayudarla con los deberes de lengua, Vanesa, lideresa natural de la clase, la protegía de cualquiera que osase burlarse de ella por preferir los libros a la pelota, al escondite o al pilla-pilla. El mejor trueque de su vida.



Gilipollas

Raquel Nieto



Siempre la había envidiado. Con poco más que los estudios básicos a pesar de su inteligencia innata, Vanesa era pura verborrea y desparpajo. Vanesa hubiera estado a la altura. Vanesa hubiera sido mordaz. Sin embargo ella, licenciada en filología hispánica, y preparando su tesis doctoral sobre el papel de la mujer en la literatura, no supo articular palabra. Ella, que lo podría haber insultado con adjetivos y sustantivos que con total seguridad no habría descifrado hasta echar mano de un diccionario – y con esfuerzo –, lo único que supo hacer fue quedarse paralizada, y, de paso, sentirse gilipollas. Mientras, ellos le daban la espalda, se chocaban las palmas de las manos en gesto triunfal, y sacando pecho, se alejaban dirigiéndose a la entrada lateral del museo con la cabeza bien alta y con aquella burla al arte en mano entre las carcajadas propias de dos neandertales.

Fue en ese momento cuando se percató. No podía ser, pero era. El «galán» que la había piropeado al más puro estilo albañil, portaba en uno de los enormes bolsillos laterales de su pantalón, en concreto, en el opuesto al del bocado envuelto en papel de aluminio, un ejemplar de *Insolación*, de Emilia Pardo Bazán. No tenía la menor duda. La reconocería a la legua; aquella portada que asomaba por aquella abertura era la misma que la del libro que tenía siempre en su mesita de noche, el que releía una y otra vez y el que llevaba ese día en la cesta de su bici fuera de su maletín de trabajo. Emilia Pardo Bazán era su escritora favorita, y en su tesis, la nombraba en más de una ocasión.

Perpleja, y sin sentirse capaz de arrancar, se bajó de la bici, adelantó a la furgoneta por la acera, y después de caminar unos cuantos metros Bolero en mano, volvió al asfalto y se puso a pedalear como una automática. Su cabeza estaba a punto de explotar; ¿Qué hacía ese gilipollas con aquella obra maestra de la literatura? Entró en su despacho cinco minutos más tarde de lo habitual y completamente descolocada. «Era imposible que aquel energúmeno se dedicara, entre “halago” y “halago”, a embriagarse de literatura feminista. Que no, que no, ¡y que no! Que con suerte, aquel machirulo hegemónico leía los titulares de El Marca. ¡Pero si la única cultura que debía de tocar ese papanatas debía de ser la que cargaba a lugares como ese “mu-se-o”!».

Carmen no daba crédito a lo que le acababa de ocurrir. Rozaba lo surrealista. De repente, se sorprendió pensando así y le invadieron los remordimientos. Estaba siendo prejuiciosa. A ver si la gilipollas iba a ser ella «¿Y por qué aquel machito de pueblo no podía leer esa novela?, ¿acaso *Insolación* estaba reservada a intelectuales ratones de biblioteca?, ¿acaso no abogaba ella por democratizar la cultura? o es que ¿acaso los gilipollas no tenían derecho a leer a Emilia?».



Gilipollas

Raquel Nieto



Carmen intentó buscar una explicación. No podía concebir la idea de que alguien que tuviera la sensibilidad para disfrutar de Emilia en general, y de Insolación en particular, fuese un gilipollas. En cualquier otro contexto, ese hombre, con ese libro, la habría embaucado. ¿Y si solo era un gilipollas de fachada?, ¿y si solo lo hizo por quedar bien con su amigacho de turno?, ¿y si he sido yo una gilipollas y me lo ha pagado con la misma moneda?, ¿y si ha visto el libro en la cesta de mi bici y me ha querido tomar el pelo? ¿Y si ha pretendido ligar conmigo tirando de esa ironía que me cuesta tanto entender? Al final de “la frasecita” me ha guiñado el ojo...y la verdad es que tenía un punto de atractivo...». Sin pretenderlo, empezó a fantasear con aquel morenazo de cuerpo atlético, penetrantes ojos verdes, melena al viento y barba de varios días...

Minutos después, avergonzada, sacudió la cabeza de lado a lado para volver a la tierra. Sin darse cuenta, había trascurrido una hora y media y la había pasado absorta en sus pensamientos. Aquella mañana no podría trabajar. Estaba demasiado desconcentrada y desconcertada, así que a la hora de su segundo desayuno, decidió tomarse el día libre para deleitarse con *Insolación* desde el sofá de su casa. Era responsable y disciplinada, y su jefa, lo sabía. Confiaba en ella. Por eso, aunque le extrañase su ausencia, no le pediría explicaciones. Recogió sus bártulos y sin despedirse de nadie, salió del departamento, se abrochó el casco y se montó de nuevo en su mullido sillín.

«Y si...» No pudo evitarlo. Su cuerpo le pidió salirse de su ruta habitual de vuelta y volver a pasar por el Museo de Arte Contemporáneo Municipal sin saber muy bien a qué. Era la hora del almuerzo y allí estaban él y sus colegas sentados alrededor de una maltrecha mesa de pícnic. Encima, cuatro latas de cerveza barata, cuatro bolas de papel de aluminio y unas pocas migas de pan. Debajo, sirviendo de soporte para corregir su cojera, aquel ejemplar de tapa dura de *Insolación*, de Emilia Pardo Bazán.

Esta vez, a Carmen se le escapó una risa. Misterio resuelto. Aliviada, y sintiéndose un poquito gilipollas, volvió a su despacho y se puso a trabajar en su tesis.

